



A 31 de marzo de 2021, en la Cd. De Zacatecas.

¿Culto al toro?

Por Fernanda Haro Cabrero

El toro ha sido una presencia constante en el desarrollo evolutivo del hombre. A veces de forma tangible y manifiesta, alimentando con su carne, cubriendo con su piel, nutriendo las vacas con su leche; otras de manera latente, simbólica, mágica y mística. En un primer momento se trataba de un enemigo natural del hombre, al que había que cazar, matar para comer o ganarle terreno para poder asentarse en un territorio. Más tarde para distintas religiones de la antigüedad, el toro era un animal sagrado. Las pinturas rupestres en las cuevas de Altamira son una muestra de su importancia y trascendencia para la vida en comunidad.

Referencias a él se encuentran registrada en algunos diálogos de Platón como el Critias o El Timeo, el filósofo refiere que durante la reunión anual de la confederación de Reyes Atlantes se enfrentaba un hombre a un toro armado con una espada y con un trapo. La Atlántida se remonta a unos 12 mil años, y si atendemos a la pintura de Villars, en la que aparece un hombre con los brazos en alto citando a un bisonte, entonces nos remontamos 23 mil años en el tiempo. Hace ya mucho que existe un vínculo entre toros y hombres.

Los hombres que lo sacralizaron. No es un animal que se mueva por la esfera de lo profano, como rival o como ayudante lo encontramos asociado a lo divino. Representa junto con el rayo, la lluvia, la tormenta, el sol y la luna a la fuerza de la naturaleza, por eso se le adora, se le teme y respeta sin importar si es bravo o manso.

Hagamos un repaso por su simbología, por sintético que sea, abarca muchas manifestaciones entre las distintas expresiones que adopta su culto y que como tal



datan del año tres mil a.C¹. Por principio diremos que sus raíces se encuentran en medio oriente, en Babilonia. Y si seguimos buscando, encontraremos como se fue extendiendo, como se asentó en Egipto, como Moisés en la Biblia habla de él -el vellocinio de oro que para algunos es un carnero y para otros un novillo hijo de Poseidón-, en Mesopotamia, por mencionar un ejemplo, existía un rito conocido como el toro nupcial. Cuya finalidad era la transmisión de los poderes de fecundidad del toro a la pareja de recién casados para que tuvieran una prole numerosa.

En la tradición India, tal como lo registran los himnos védicos, la bóveda del cielo, conocida como *Amrita*, es una vaca que derrama su leche, forma las constelaciones, alimenta la tierra: se trata de lo inmortal, o la representación puramente poética de la lluvia, del rocío, de la ola luminosa. Lo inagotable no tardó en significar aquello que se puede ordeñar eternamente, y de ahí la creencia de una vaca celeste, una vaca mansa, a la que no se debe ofender o molestar. Dado que el cielo, en conjunto, se representaba como una vaca inmensa, era natural que los principales y más notables fenómenos del cielo se convirtieran en los hijos de la vaca y que el *fecundador* de la gran madre fuese llamado toro.² De esta concepción también surge la vía láctea, ese camino blanco poblado de constelaciones.

Por su mugido se le asoció también al trueno y a la tormenta. El dios del trueno y de la lluvia, es conocido como Indra, el dios sol, “el toro de mil cuernos, que sale del mar”. Sus aventuras míticas, tal como las transmite el *Rigveda*, contienen el germen del mito cretense del minotauro. Como héroe épico, Indra debe beber una especie de ambrosía, llamada *Soma*, que segrega la luna, que le permite crecer y fortalecerse para combatir cada noche contra el demonio Vala, quien ha secuestrado a las vacas del cielo. Una vez que vence, armado con sus cuernos que son relámpagos, Indra libera a la aurora, la diosa que pastorea las nubes del día, y ambos dioses se desposan cada amanecer, asegurando la continuidad del ciclo cósmico.

¹ Diccionario de los símbolos, CHEVALIER Jean y GHEERBRANT, Alain, Ed. Herder, Barcelona 1986, p 1001.

² *Mitología zoológica. Las leyendas animales. Los animales de la tierra*, DE GUBERNATIS, Angelo. Editorial Alejandría, Palma de Mallorca 2002, p. 23.



Anticipando las figuras de Zeus —el dios del trueno—, de Dionisos —el joven dios toro— y la de Teseo —el héroe matador de monstruos—, Indra se convierte primero en Mithra, el dios sol de los persas: el salvador, el vencedor invencible que nació de una roca el 25 de diciembre, y que debe combatir contra Varuna —la noche— antes de sacrificar al toro primitivo, el primer ser vivo creado por Ahura Mazda.

Es conocida, además, la importancia que había adquirido el toro entre los persas en los misterios del dios solar Mithra, representado como un bello joven que sostiene con una mano los cuernos de un toro y con la otra el cuchillo del sacrificio. Mithra sacrificando al toro es el héroe solar sacrificándose a sí mismo cuando llega la noche.³

En Egipto el culto al toro está presente no sólo en Apis⁴, sino que mantiene una estrecha relación con Osiris dios de la tierra y la vida vegetal, tanto así que Osiris era venerado bajo la figura de un toro o de un árbol. “Entre los egipcios, el toro que lleva entre los cuernos un disco solar es a la vez un símbolo de fecundidad y una divinidad funeraria ligada a Osiris y sus renacimientos”.⁵ Por Heródoto se sabe que “cuando Apis el toro sagrado⁶ se encontraba en Nilápolis (Egipto medio) para ser trasladado a su residencia de Menfis, las doncellas descubrían su vientre delante del dios para recibir sus influjos fecundantes”.⁷

Sobre esta adoración a sus poderes como potencia o dador de vida, que si llega a parecer reiterativa es por ser común a los cultos antiguos documentados hacia éste

³ *Íbid*, p. 78.

⁴ En la civilización egipcia, es bien conocida la figura del dios Apis, el toro sagrado, dios solar de la fertilidad. Abundan sus representaciones como hombre con cabeza de toro o directamente un toro con disco solar entre los cuernos. Era hijo de Isis, como vaca, y posteriormente fue heraldo de Osiris. Calderón Sánchez, M. (2017). *Dioniso y el toro: fuentes literarias y epigráficas*. Synthesis, <https://doi.org/10.24215/1851779Xe021>

⁵ CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain, *op. cit.*, p. 1003.

⁶ Pero es en De Iside et Osiride donde se halla la clave para entender la relación entre Apis y Dioniso, el toro y las representaciones tauriformes: tal y como afirma Plutarco, las ceremonias dionisiacas eran iguales que las celebradas en honor de Apis, el toro sagrado en la mitología egipcia: *pero las (ceremonias) que los sacerdotes hacen abiertamente cuando entierran a Apis, [...], en nada difiere de una procesión báquica. [...] por eso también, muchos griegos hacen estatuas de Dioniso en forma de toro. Y las mujeres de los eleos también lo invocan pidiendo “que el dios venga a ellas con pie bovino”. Y entre los Argivos Dioniso lleva el epíteto “nacido de novilla”, (...). Calderón Sánchez M. Dioniso y el toro.*

⁷ ¡Toro! *Primera tauromaquia en color*, BOLLAIN, Adolfo, et al., Editorial Codex, Buenos Aires 1972, p. 60.



animal, Álvarez de Miranda, se detiene y observa que lo importante reside en la oscilación que va de “la línea de religiosidad popular y arcaica (...) en la que el aspecto radical no es la aventura teológica de ciertos toros-dioses, sino la intuición del poder misterioso del toro”,⁸ poder que se manifiesta como fecundidad, sea humana o agrícola. Y sin embargo, su relación con la fecundidad no excluye su relación con la muerte: desde la mitología india hasta la egipcia, el toro está ligado con los rituales funerarios: “en casi todo el Asia el toro negro, está ligado a la muerte. En la India y en Indonesia existe la costumbre de quemar los cuerpos de los príncipes en féretros con forma de toro”.⁹

En la cultura griega¹⁰, su figura se asocia, además de con Zeus, con Poseidón (el dios del Océano con sus tempestades y toda la fuerza del mar) y con Dionisos (el dios de la máscara, la fiesta, el vino, la virilidad, lo oculto). Su simbolismo también lo vincula con la lluvia y la luna, “las divinidades lunares mediterráneas y orientales se representaban en forma de toro y estaban investidas de atributos taurinos.”¹¹ De modo que el toro es considerado un animal lunar y por tanto en directa relación a la noche.

En Mesopotamia la diosa Ishtar-Astarté (cuya corona tiene cuernos de toro) está unida a la luna, así como en Egipto lo están el toro macho Apis y la hembra Athor. Dentro del mito lunar, sobresale la influencia de las fases lunares en los ciclos de vida y tiempos de fertilidad, preñez y alumbramientos.

La primera letra del alfabeto griego, el *alef* también significa “toro” y corresponde al símbolo de la luna en su primera semana. Al igual que la A fenicia, porque la escritura y los alfabetos se aparecieron cuando regía al planeta tierra la constelación de Tauro. El toro marca el principio. Jean Chevalier menciona un rito celebrado en Italia durante el siglo II, el taurobolio, que consistía en una especie de bautismo, realizado con sangre de toro, misma que al chorrear sobre el bautizado, le transmitía

⁸ *Ritos y juegos del toro*, ALVAREZ DE MIRANDA, Angel, op. cit., p. 139.

⁹ CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain, op. cit., p. 1004.

¹⁰ Para los griegos, los toros indómitos representan la violencia sin freno. Se trata también de animales consagrados a Poseídon y a Dionisos.

¹¹ CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain, op. cit., p. 1004.



su potencia biológica, “pero sobre todo, el acceso en su forma más alta, a la vida espiritual e inmortal”.¹² Al contacto con él y con su sangre, se le atribuía la capacidad de restaurar el cuerpo de los hombres y de transformar su alma, de sanarla.

Está también el ritual, consagrado a Mitra, que consistía en bañarse en sangre de toro para regenerar el alma. El sacrificio del toro se celebraba al interior de una caverna, en contraste con el taurobolio, que se celebraba en una fosa. Esta doble faceta simbólica del toro —como dios funerario y dios propiciador de la vida que muere y resucita a la manera de los ciclos naturales— se advierte en los ritos cretenses en honor Dionisos, realizados para favorecer la fertilidad de los campos mediante rituales violentos. Así lo refiere James George Frazer:

“Pasando del mito al ritual, encontramos que los cretenses celebran un festival bienal en el cual la pasión de Dionisos se representaba en todos sus detalles. Todo lo que había hecho o sufrido se escenificaba ante los ojos de sus adoradores, que desgarraban con sus dientes un toro vivo y corrían por los bosques dando alaridos”.¹³ Según Frazer, la tradición aseguraba que este dios había enseñado a los hombres a uncir los bueyes al arado —hasta entonces tirado por hombres— lo cual derivó en la asociación entre Dionisos¹⁴ (*taurophyses*) y el toro.

Para ampliar todavía más la significación del toro diremos que “fue elegido como emblema mágico y colocado (...) en el centro del interés totémico por dos civilizaciones, una marcadamente masculina como la asirio-babilonia y otra tan francamente femenina como la minoica”¹⁵. ¿Contradicción?... Podríamos llamarla conciliación. Equilibrio entre opuestos. En los frescos del palacio de Cnosos, las imágenes muestran diferentes escenas con este animal y en las que aparecen mayormente figuras femeninas.

¹² *Íbid.*

¹³ *La rama dorada*. FRAZER, James George, FCE, Segunda edición, México 1951, p. 445.

¹⁴ Nono de Panópolis es el autor que probablemente ofrezca el testimonio más claro sobre la relación entre Dioniso y el toro. A lo largo de sus *Dionisiacas* es posible encontrar correspondencias continuas a esta vinculación. Cuando relata el nacimiento de Dioniso del vientre de Perséfone, utiliza κερόεν βρέφος 30 (“bebé cornudo”) y hay otros pasajes donde expresa claramente ταυροφυής Διόνυσος (“Dioniso tauriforme”).

¹⁵ El libro de los Laberintos, SANTARCANGELI, Paolo, Ed. Siruela, España 2002.



Se trata de las taurocatapsias: los juegos y acrobacias practicadas con toros salvajes a campo abierto (las tauromaquias se refieren a los juegos y acrobacias realizadas también con toros salvajes pero en espacios cerrados o recintos interiores). Como animal sagrado, como potencia masculina y fuerza creadora, es importante destacar el hecho de que el toro, pese a ser un emblema de la virilidad, su representación rara vez llega a tener un significado *fálico*. Su carácter mítico se asocia con la dualidad, entre lo masculino y lo femenino, entre la vida y la muerte, entre la luna y el sol. El toro comunica lo terrestre con lo divino o lo infrahumano. Es la encarnación del cielo en la tierra, por eso la idea de los toros celestes.

Tanto los griegos como los romanos prolongaron la asociación mitológica y poética entre el toro y el sol, incluyendo a la luna, concebida como “sol nocturno”. En *Orestes* de Eurípides, la cabeza del toro solar y lunar se asoma por el océano de la noche o se introduce entre el bosque nocturno. Son innumerables todas las referencias al toro en ambas mitologías. Por mencionar algunas, diremos que Dionisos se convierte en toro para dar muerte a otro toro, al que había matado a su amigo Ámpelo, y para presentarse ante Ariadna en la isla de Naxos, Júpiter se transforma en toro para raptar a Europa, Hércules tiene que luchar contra el toro de Creta por órdenes de Euristeo y Mercurio roba los toros del dios sol atándoles ramas de árbol en sus colas para que borrarán las huellas de sus pasos.

En la mitología ibérica, el dios sol se llamaba Magnon y reclamaba toros en sacrificio, mientras que Achelóo, el dios toro, era el símbolo de la virilidad y la potencia masculina. Existen en esta región otros ritos alrededor el toro, que manifiestan su carácter mágico, nuevamente como agente de fecundidad y como símbolo en las religiones naturalistas y en las místicas¹⁶. Este carácter se manifiesta en el mito del toro nupcial, muy parecido al celebrado en Mesopotamia.

La percepción mágica del toro es común a la cultura cretense, la egipcia, la hindú y las civilizaciones de la península ibérica, aunque se manifiesta como corrida sólo en Creta y en Iberia, donde existió un antiquísimo culto al toro, como se observa en

¹⁶ Nos cuenta Chevalier, como en las religiones indomediterráneas esto se debe a su vinculación con Urano, el dios del cielo.



“la constante figuración pictórica y escultórica de éstos animales desde finales del paleolítico hasta la época Romana”¹⁷, las pinturas rupestres de Minateda o Teruel, las del prado del Navazo, el toro de Osuna, la bicha de Balazote, y muchas otras posteriores, entre las que destaca la imagen de Nuestra señora de la Gleva.

En esta zona, el toro está ligado a la tierra, no se trata de un animal hostil sino precioso, aristocrático y familiar, cuyo prestigio nace del hecho misterioso de su poder generativo, al que las mujeres —ibéricas y cretenses— no son indiferentes¹⁸. El toro es para estas mujeres el puente con lo sagrado. Por ello es común encontrarlo en los ritos místicos. Esos que buscan la inmortalidad o vencer a la muerte, que implican una iniciación, que ofrecen una revelación o la obtención de un conocimiento al iniciado que se somete a la prueba.

Las religiones y civilizaciones antiguas percibían al toro como víctima sacrificial, cuyos atributos van evolucionando hasta convertirlo en heraldo de la divinidad o servidor de la misma. El toro es la representación de la potencia, de la fuerza, de lo sagrado. Es la fuerza que destruye, que arrasa, que aniquila y que transforma. Es el espíritu que nutre, que fortalece. Es el animal que puede dar la muerte y con ello el nacimiento a otra forma de vida, a la *otra vida*.

Pero también es el que dispensa abundancia, valor, dones y la activación de sus atributos entre sus adoradores no está condicionada a su aniquilamiento sacrificial, sino que surge del contacto con él o de su sola presencia.

Ya hablamos del toro como deidad, ahora hablemos del dios como un toro, del que tiene apariencia de toro, de toro negro: Dioniso¹⁹. El dios bicorne, de faz taurina,

¹⁷ ALVAREZ DE MIRANDA, Angel, *Ritos y juegos del toro*, op. cit., p 22.

¹⁸ “...el predominio en el mundo cretense de la influencia de la mujer, a la cual vemos...especialmente atraída por los atributos del animal fecundador. También la gran tradición mágica de la isla (Creta), que en el recuerdo de los griegos perduró como escuela de magos, especialmente de magas y prácticas propiciatorias.” Ángel Álvarez de Miranda

¹⁹ Las fuentes epigráficas también testimonian la faceta de Dioniso como toro: de Delfos es el peán de Filodamo, un himno del año 340 a.C. en que el dios es invocado, entre otros epítetos, como tauro. Existen testimonios que documentan la importancia del animal en relación al culto báquico. Por ejemplo, durante las Antesterias, las conocidas fiestas de las flores en honor de Dioniso celebradas anualmente en Atenas, había un momento crucial en que la reina, la Basilina, era entregada al dios-toro como mujer, una



que elige a veces la figura de un fiero toro negro según los ritos órficos. El dios de la otredad con una marcada dualidad y ambigüedad, como ocurre con el toro. Hablamos del dios de los misterios eleusinos, que en los diálogos de Platón cumple una función pedagógica²⁰ para la vida de los ciudadanos en la polis, lo mismo en su carácter como patrono de la tragedia que como eje de una mística.

¿Quién es Dioniso?

Nos refiere Ovidio en sus metamorfosis que Zeus y Sémele, la princesa de Tebas, hija del rey Cadmo, fueron amantes durante mucho tiempo y que cada noche el dios se presentaba ante ella con forma humana, ocultando su esplendor divino. Cuando Hera, la esposa de Zeus, supo de esos amoríos, se acercó a Sémele, bajo la apariencia de su anciana nodriza, quien sembró la duda en la joven de que su amante fuera el rey del Olimpo. Debes pedirle —le aconsejó—, que si es el propio dios de dioses, te dé pruebas indubitables de ello. Por ejemplo, que venga a visitarte con la misma majestad e idéntico esplendor con que visita a su esposa. Sémele mordió el anzuelo, y poco después, cuando se entrevistó con el dios, le hizo prometer que la complacería a ciegas con un deseo, por tonto que le pareciera. Cuando Zeus aceptó, Sémele le pidió que se mostrara ante ella tal como se aparecía ante Hera. El señor del rayo se negó al principio, sabiendo que ningún mortal podría resistir su fulgurante esplendor, pero al final tuvo que resignarse a complacerla y por tanto a perderla. "Y fue así como, al abrazar a su amante, Sémele quedó convertida en cenizas",²¹ pero no su hijo, que envuelto por Gea en hiedra húmeda y fresca, quedó a salvo del fuego. Otras versiones del mito, dicen que su padre mismo lo tomó del vientre de Sémele.

Una vez en sus brazos, lo metió en su propio muslo, para que terminara su desarrollo. Alimentado durante seis meses en el vientre de una mujer y tres en el

unión vinculada al *ἱερός γάμος*, la Bernabé, A. (2013). "En busca de una síntesis. Dioniso, identidad y transformaciones", en A. Bernabé, A.I. Jiménez & M. A. Santamaría (eds.) *Dioniso. Los orígenes: textos e imágenes de Dioniso y lo dionisiaco en la Grecia Antigua*, Madrid: 423-470.cual se cree que tenía lugar en el Boukolion.

²⁰ Dioniso en Platón: presencia y ausencia del dios de la máscara. *Revista de Filosofía moral y Política* n.º. 52, enero-junio, 2015, 365-384, *Issn: 1130-2097 doi: 10.3989/isegoria.2015.052.17*

²¹ OVIDIO NASÓN, Publio, *Las metamorfosis*, Espasa-Calpe mexicana, 9ª edición, México 1994, p. 59.



muslo de un dios, este hijo de Zeus nació dos veces y recibió por tanto el nombre de Dionisos, el dos veces nacido.

Siendo un bebé su padre lo entregó al cuidado de Ino, la hermana de su madre y a su esposo, quienes lo hicieron pasar por una niña para ocultarlo de Hera. Así lo criaron hasta que la esposa de Zeus lo descubrió y más molesta por la argucia, enloqueció a sus padres adoptivos al punto de matar sus hijos y darse muerte después. Quedando Dioniso desamparado, mandó Hera a los titanes que le dieran muerte, quienes lo despedazaron, comieron su carne y bebieron su sangre. Fue Hermes el mensajero de los dioses quien llevó a Zeus el corazón del niño y le informó que era la único que quedaba de su hijo. Entonces el Rey del Olimpo furioso, mandó una tormenta de rayos sobre los titanes, reduciendo su poder para luego lanzarlos fuera del mundo.

A partir del corazón²² palpitante del niño, Zeus lo reconstruyó, le devolvió la vida y le regaló el don de la inmortalidad y quedó al cuidado de las Ninfas y el Sileno, habitando los bosques.

Homero lo nombra en la *Ilíada* en el canto VI, lo han estudiado Nilsson y W. Otto. Nietzsche “conversa con él” para hablarnos del nacimiento de la tragedia. Eurípides cuenta su historia en las *Bacantes* y recalca que no nos incita al desorden, sino por el contrario, atendiendo a la propia naturaleza nos enseña la continencia. Dionisos es también el joven adulto, el dios que experimentó la muerte, que compartía potestad con Apolo sobre el oráculo de Delfos.

Dios del vino, de la máscara, de la locura²³, que tomaría por esposa a Ariadna, la hija de Minos y media hermana del Minotauro. Una mortal cuyo destino está unido al del toro, tejido con toros. Una mujer que arrepentida por haberse enamorado de un héroe, reconoce que ha traicionado a su familia al descubrirse abandonada por Teseo y llora arrepentida por sus faltas pidiendo perdón a los dioses. Dioniso la

²² Los Dioses de Cada Hombre, Jean Shinoda Bolen. Ed. Kairós, Barcelona, 2010. P 212-213

²³ A. Henrichs, 1993, pp. 13-43 (en concreto en p. 13). Más recientemente, en la edición del 2003 del *Oxford Classical Dictionary*, A. Henrichs redefine las “cuatro provincias dionisiacas” como: «el vino, la locura ritual, la máscara y el espacio ficticio del mundo del teatro, y el ámbito misterioso de la muerte y las expectativas de una vida bienaventurada en el más allá».



escucha y pide su mano a Zeus, quien permite a su hijo que la despose y la lleve a vivir al olimpo.

Dioniso se presenta con Ariadna bajo la forma de un toro salvaje al que ella ofrece el cuello para que termine con su vida y su sufrimiento, pero en cambio el animal se le acerca con suavidad y con sus belfos le enjuga las lágrimas. Ariadna perdió el amor de un hombre, pero ganó el de un dios.

Dioniso, Dionisos o Dionisio, es el nacido dos veces, primero como hijo de Zeus y Perséfone, que muere desmembrado también por los Titanes; luego como hijo de Sémele, y es el re-nacido. El vuelto a nacer, que es reformado a partir de su corazón.

Parfraseando a David Hernández de la Fuente, en su trabajo *Dioniso en Platón: Presencia y Ausencia del dios de la máscara*, resulta muy compleja e interesante la forma en que interactúa Dioniso con los hombres, entre más se resisten éstos a su influjo, más son arrastrados a la inconsciencia y a cometer locuras. La lectura del Fedro, es una lectura pletórica de mitos, que nos revela también un cierto desprecio por la escritura, porque ésta impide re-cordar, es decir volver al corazón, dónde todo es uno y dónde se encuentra el sentido de la existencia. Por eso Platón hace un especial énfasis en cultivar la memoria. Dioniso es el hilo conductor del pensamiento pitagórico.

Es el dios que conoce la transmigración de las almas, la vida después de la muerte. Es quien ha bajado al inframundo, que lo visita periódicamente porque ha terminado por hacerse amigo de Hades. En *El Fedro* también nos habla Platón de cómo antes de llegar a la tierra, las almas son una unidad, pero al encarnar sufren el olvido de sí y conforme van experimentando la vida, la existencia que es la forma de vida consciente, van recordando lo que es la belleza, el amor...Van regresando al corazón, re-cordando: volviendo a unir lo que estaba separado.

En el Banquete, mediante la embriaguez ritual -la que se alcanza no por el vino, sino por la disposición a encontrarse con el dios, previa invocación- el quien se revela a través de Sócrates, de Alcibíades, de Diótima misma. La otredad de lo



masculino, la visión femenina y sagrada del amor. La alteridad extranjera y el enigma que representan las mujeres para algunos hombres.

Dioniso es un dios equitativo, se manifiesta y toca a hombres, mujeres, esclavos, religiosos, místicos, griegos y extranjeros, nadie escapa a su influjo o a su castigo. Y aunque llega de fuera, nos conduce hacia dentro. Nos vuelve forasteros de nuestro propio yo.

Los ritos dionisiacos o los misterios de Eleusis, a pesar de celebrarse en un tiempo y espacio concretos, de febrero hasta abril pasando por el equinoccio de primavera, rebasan por mucho el ámbito de lo cotidiano, de la costumbre, la norma y la ley. Son eventos extraordinarios. Gracias a esta celebración es que se puede seguir con el orden de la polis, con la vida en la ciudad. Esta suspensión de la rigidez permite la flexibilidad para que los ciudadanos no se ahoguen en el deber y lo abracen. Se trata de un dios que inicia su vida inmortal errante, que recorrió el mundo conocido, el de oriente, causando con frecuencia en las mujeres locura y extrañamiento.

Dioniso o Baco es un medio para acceder al sagrado femenino, por eso quienes se podían entender con él, además de las mujeres, eran los hombres que se mostraban menos masculinos, ambiguos o francamente travestidos. Aquellos que no tenían miedo de ser distintos ni dudaban de su masculinidad, de manera que podían hacerla a un lado y abandonarse al encuentro con el dios. Como la grácil figura del torero, que a lo largo de la lidia se va enseñoreando y masculinizando, pero que se ofrece a su oponente femenino en movimientos y atavíos. Que se entiende con el toro desde su propia animalidad y al integrarla logra fundirse con él, que termina por obsequiarlo con sus dones toda vez que alcanzan el abrazo, la danza. Ese momento cuando el cuerpo se convierte en materia de sacrificio porque se abrió a la posibilidad de *ser otro*, de transformarse.

El hijo de Zeus con la princesa Sémele, hermana de Agave²⁴, la madre de Penteo, se manifiesta con fuerza en quienes se le oponen y lo intentan someter o dominar.

²⁴ Las Bacantes o las Báquides, tragedia de Eurípides, fechada en el 409 a.C.



En los mitos órficos se refieren a él como el de rostro taurino, el bicorne.²⁵ Y guarda también una peculiar semejanza con Orfeo.

Ambos descienden al hades o inframundo a buscar el alma de una mujer amada, Orfeo a su esposa Eurídice y en el caso de Dioniso o Baco, el alma de su madre Semele. Ambos también mueren desmembrados. Y a los dos, el bajar al inframundo les otorga una sabiduría con la que luego guían a las almas encarnadas en su tránsito por la vida, son transformados por la experiencia de la muerte.

En sus cultos mantienen también semejanzas. Heródoto refiere textualmente “al menos a los santuarios (los egipcios) no llevan ropas de lana ni se entierran con ellas. Pues no es lícito religiosamente. Y en ello coinciden con los llamados ritos órficos y báquicos, que son egipcios y pitagóricos”²⁶. Otra coincidencia radica en el hecho de que tengan en común la región de Tracia como zona de origen.

Además de atribuírsele a Dioniso la apariencia o la forma taurina, comparte con este animal esta doble faceta: dispensadores de vida y aniquiladores. Tras el encuentro con ambos, la vida adquiere su máximo auge con el éxtasis dionisiaco, que a veces procede del resultado de una acción violenta y cruenta a la que sucede una catarsis o bien de un estado de locura, de embriaguez y fusión con la naturaleza, consecuencia del olvido de sí. Dioniso y el toro nos hacen experimentar la embriaguez del rojo, de la sangre y del vino.

En este sentido podríamos decir que el culto al toro bravo pertenece tanto a los ritos dionisiacos como a los órficos. Lo taurino puede ser esa fusión entre ambos que implica el ascetismo del cuerpo unido al cumplimiento de ciertos ritos. La tauromaquia ocuparía el punto medio entre lo órfico y lo báquico.

²⁵ Una de las mayores dificultades al adentrarnos en el orfismo, radica en su similitud y relación con otros movimientos religiosos con orientación mística y catártica. Establecer límites precisos entre el orfismo, el dionisismo, el pitagorismo o los misterios de Eleusis, es tarea muy complicada debido a la imposibilidad para establecer una demarcación religiosa entre los distintos cultos. Y esto a consecuencia de que no se podía hablar de una herejía o heterodoxia dado que los cultos al igual que los mitos se encuentran entrelazados y es muy difícil demarcarlos del resto sin tener que renunciar a una parte importante de sentido.

²⁶ *Orfismo y Dionisismo*. Jiménez San Cristóbal Ana Isabel. Universidad Complutense



En ambos casos, se trata más de una re-conexión con el cuerpo, una mística a partir de la naturaleza del ser, una poética de la existencia. Esta deidad no pide adoración ni templos, el cuerpo es su templo. En cambio pide respeto y disposición, que se le brinde un lugar, se le reconozca. A quien se le niega o se le resiste, lo enloquece y lo ciega, lo rebaja haciéndolo cometer atropellos y estropicios. A quien se le rinde, le otorga sabiduría.

Dionisos nos ofrece la oportunidad del reencuentro con nosotros mismos a través de experiencias que incidan en la tríada cuerpo-mente/emoción-espíritu. Trinidad que se corresponde con la conciliación de lo animal, lo humano y lo divino en la vida de cada cual. Es reconocer eso en nuestro interior que nos une a los otros en vez de alejarnos de ellos.

Acudir voluntariamente al encuentro con el dios de faz taurina, nos obsequia el reconocimiento de las máscaras que usamos, la conciencia de que la vida es una suma de instantes, el recuerdo de la muerte como una transformación y se traduce en el gozo explosivo de estar vivo, de saberse parte del todo, de experimentar el cielo en la tierra.